

Ser Sacerdotisa del Mar


Es transitar entre dos mundos, entre dos realidades que viven y conviven desde siempre. La sacerdotisa conoce aquella pequeña unión entre esta realidad y la otra... y un día en su caminar cotidiano, en algún momento y tal vez inesperado siente aquel fuerte batir de las olas y el viento, en un segundo, se carga con aire marino. Entonces no importa cuán lejos estemos del mar, tampoco importa si ya tenemos un destino más menos vislumbrado de lo que pudiéramos llegar a ser. El llamado se ha hecho presente, ha llegado a nuestra alma, a nuestro corazón marino y es imposible hacer caso omiso de su canción.

La sacerdotisa del mar vuelca su vocación en ayudar a los demás, como a las personas de su comunidad a través de las aguas, a través del elemento y sus elementales. Pero no solamente es un trabajo con los demás, es un trabajo propio, un trabajo continuo, de reconocimiento de nuestras propias aguas, aquellas que están en la profundidad del ser.

Recordamos, aprendemos y enseñamos a aprender. Un ciclo maravilloso de unión con los otros. Somos sanadores de nuestros propios espíritus, ayudamos a conectar a los demás con la fuente de poder y vida. Tenemos la gran responsabilidad de cuidar las aguas del planeta, pues ahí está latente nuestra magia, nuestra conexión, nuestro mundo.

Estamos constantemente estudiando, aprendiendo, practicando para tener bases sólidas para hacer públicos los diferentes problemas de contaminación y desastres acuáticos, generando soluciones alternativas o apoyando causas que ya están orientadas a la solución del problema. Nuestro amor por las aguas, respeto y cuidado, hace que la mayoría de sus sacerdotes y sacerdotisas seamos activistas y generadores de conciencia frente a la contaminación y el mal uso de las aguas.

Tratamos de prepararnos desde diferentes áreas para ser un aporte integral a las personas y abarcar diferentes temáticas que sean un complemento a nuestro trabajo.



Así nos une e identifica este legado. Así nos reconocemos y nos reconocen. Los espíritus de las aguas son nuestros compañeros, nuestros guías, nuestra familia, aquellos que nos ayudan a avanzar en esta vida, que nos susurran al oído verdades que estaban escondidas. Caminamos orgullosos de nuestra decisión, comprendiendo que el agua fluye tanto en nosotros como en otro ser humano, entonces el concepto de hermandad se hace posible. La individualidad, tan característica de nuestra sociedad actual, pierde fuerza, pierde sentido al comprender e interiorizar que todos provenimos de una misma fuente, de una misma Madre.

Ser Sacerdotisa del Mar me ha acercado a la deidad desde mi propio centro, permitiéndome escucharme, respetarme y valorarme. No podemos entender la concepción del mundo sin mirar el océano y sorprendernos con su mensaje. En ese lugar majestuoso están todas las respuestas a nuestras interrogantes, en ese espacio misterioso está la sanación del cuerpo y del espíritu.

Que la Madre Marina guíe tu corazón al encuentro de sus aguas profundas y haga despertar en ti el verdadero sentido de la vida. Que los pocos años que nuestro cuerpo nos permite existir en este planeta los destinemos a construir una nueva consciencia de coexistencia.

Un abrazo

Anamar Zúñiga

Sacerdotisa del Mar